

Testimonios de compañeras detenidas

Ser mujer en Atenco

(Editados por Aída Analco y Amanda Ramos)

*Con paso firme se pasea hoy la injusticia.
Los opresores se disponen a dominar otros 10 mil años más.
La violencia garantiza: 'Todo seguirá igual'.
No se oye otra voz que la de los dominadores,
y en el mercado grita la explotación: 'Ahora es cuando empiezo'.
Y entre los oprimidos, muchos dicen ahora:
'Jamás se logrará lo que queremos'*

*Quien aún esté vivo no diga 'jamás'.
Lo firme no es firme.
Todo no seguirá igual.
Cuando hayan hablado los que dominan,
hablarán los dominados.
¿Quién puede atreverse a decir 'jamás'?
¿De quién depende que siga la opresión?
De nosotros.
¿De quién que se acabe? De nosotros también.
¡Que se levante aquel que está abatido!
¡Aquel que está perdido que combata!
¿Quién podrá contener al que conoce su condición?
Pues los vencidos de hoy son los vencedores de mañana
y el jamás se convierte en hoy mismo.*

Bertolt Brecht



Los días 3 y 4 de mayo, los hechos en San Salvador Atenco fueron una cruda muestra de la política de Estado en contra de la población a la que se supone representa y salvaguarda, en contra de los de abajo. La orden fue clara y tajante: destruir todo a su paso, "a todo lo que se moviera". En el pueblo de San Salvador Atenco, la fuerza represora no sólo despojó a la gente de su lugar de trabajo. No sólo irrumpió en sus casas. No sólo golpeó a sus hombres. No sólo mató a uno de sus hijos. Cometió una humillación más: la violación y el abuso sexual contra sus mujeres.

¿Quién, como mujer, como ser humano, en México o en cualquier parte del mundo, puede saber de lo que significó ser mujer en San Salvador Atenco, en el estado de México, el 3 y 4 de mayo de 2006, y seguir de largo, no hacer nada y seguir cargando la humillación propia, disfrazando de destino y mala suerte lo que han convertido en maldición? ¿Quién puede conocer todo eso y tomar el micrófono, la cámara, la computadora, el estrado, la mesa, el transporte, el lapicero, la herramienta de trabajo en el campo o en la ciudad, el libro, el cuaderno de apuntes, el juguete, encender la radio o la televisión, leer el periódico o una revista, y no ver y no oír, o, peor aún, ver y oír y pensar que tal vez se lo merecían, “quién les manda ser estudiantes, trabajadoras, indígenas, quién les manda ser pobres, quién les manda no ser diputadas, senadoras, gobernantes, funcionarias, empresarias; en fin, quién les manda ser mujeres”. ¿Qué mujer en México, sin importar sus ideas, puede honestamente quedarse callada? ¿Quién como joven, anciano, niño, hombre o mujer, puede saber lo que significó ser uno u otra en Atenco el 3 y 4 de mayo, y permanecer inmóvil?...

S C I Marcos, 12 de mayo de 2006

Lo ocurrido resultaría incontable, de no ser por la palabra digna de las compañeras agredidas. Dignidad que arriba desconocen. Palabra que nombra el horror vivido enfrentándose a la indiferencia, el olvido y la impunidad. En este sentido, se presentan algunos testimonios¹ de compañeras que fueron aprehendidas durante el 3 y 4 de mayo en San Salvador Atenco. El dolor y la indignación que reflejan se convierten primero en rabia, y luego en fuerza para seguir luchando, como lo manifiesta la carta final de las presas políticas.

Se mencionan los delitos imputados a las compañeras presas. Mujeres de distintos sectores culpadas sin justificación alguna y con toda clase de arbitrariedades e irregularidades. Desde la que salía del trabajo rumbo a su casa, la que fue al mercado para comprar la comida de ese día, hasta las que solidariamente acudieron a apoyar a los compañeros y compañeras de San Salvador Atenco. Para el Estado todas se vuelven delincuentes. Y al negarse a evidenciar la brutalidad policiaca, la mayoría de los medios de comunicación comerciales son cómplices de la infamia.

La violencia y la barbarie son la constante en todos los relatos: durante la detención, en el trayecto al penal y una vez dentro de él. Evidentes atropellos a los derechos humanos son los golpes, toletazos, insultos y amenazas. Sin embargo, estos se desvanecen ante la serie de violaciones, abusos y agresiones sexuales que sufrieron las mujeres detenidas en Atenco. Por el hecho de ser mujeres padecieron más humillaciones. Terrorismo de Estado para imponer el *aquí mando yo*.

A continuación, presentamos fragmentos de los testimonios de algunas de nuestras compañeras:



“Fui detenida en una casa particular en San Salvador Atenco, allanada por la Policía Federal Preventiva. Me despojaron de todas mis pertenencias y dinero, me obligaron a hincarme de frente a la pared con las manos en la nuca. Golpeaban mi cabeza con el tolete, me levantaron y frente a una cámara cuestionaron mi filiación política, mi dirección, mi nombre y el nombre de mis familiares directos. (...) Me golpearon en repetidas ocasiones, patadas en los glúteos y espalda, me provocaron una herida de seis centímetros en la cabeza. Después me hicieron caminar por dos hileras de policías que escoltaban el autobús donde nos trasladarían. Me subieron a golpes al autobús y adentro había una gran cantidad de personas esposadas y con la cabeza cubierta, apilados unos sobre otros. Me colocaron encima de la pila y después me arrastraron hacia el asiento trasero. Un policía metió su mano dentro de mi blusa y desgarró mi

brassier, metió su mano dentro del pantalón y desgarró mi calzón. Estaba boca abajo, con el rostro cubierto. Bajaron mi pantalón hasta los tobillos y mi blusa hasta la cabeza, golpearon con fuerza mis glúteos, gritándome que me violarían y matarían. Un policía me gritó que le dijera “vaquero” y golpeó con más violencia mis glúteos, pero ahora con su tolete. Sólo paró hasta que escuchó lo que pedía. Me penetró con sus dedos la vagina y apretó con fuerza mis senos, pellizcó con mucha violencia mis pezones, invitó a otro policía a hacer lo mismo mientras seguían golpeándome.



“Después, invitaron a una tercera persona a quien llamaron jefe. Éste último me penetró con un objeto. Amenazaron con violarme (coito). Me pusieron a la altura del pene de uno de ellos y él se restregó en mis glúteos mientras los otros dos policías lo animaban a penetrarme con su pene, pero no lo hicieron. Me golpearon en los senos en repetidas ocasiones y golpearon mi estómago mientras besaban mi boca. Como yo me resistía, los golpes eran para que yo abriera la boca y el policía pudiera meter su lengua en mi boca.

“Viajé todo el trayecto desnuda encima de dos personas más y sobre mi espalda y cabeza viajó un policía sentado. Hasta que llegamos al penal me permitieron vestirme y fui bajada del camión”.

(Estudiante, empleada, 27 años. Acusación: Ataque a las vías generales de comunicación).

“El granadero me jaló las cadenas con fuerza, se dio la vuelta y otro me bajó, agachándome la cabeza cubriéndome con un gabán y los otros granaderos me daban de patadas. Caminamos una gran distancia, llegamos a una camioneta pick up y me arrojaron como costal sobre las demás que venían. No caí bien, y me dieron de toletazos, sentía que me ahogaba porque nos encimaban y nos encimaban a mucha gente que subían y pesaban mucho. La camioneta (...) arrancó, llegamos a un camión y nuevamente me sometieron con la cabeza agachada para subirme. Me gritaban, me insultaban, me apresuraban, querían que caminara encima de los que ya estaban encimados pero como no podía hacerlo, dos granaderos me empezaron a jalar mis trenzas. Preguntaron mi edad y me insultaron diciéndome que ya estaba ‘pinche vieja para andar en este desmadre’, que me iban a matar como perro y me amenazaban con cortarme la cabeza. Muchas veces me repitieron eso, me arrastraban de mis trenzas por encima de toda la gente hasta llevarme a la puerta trasera del camión. Había muchos heridos y ensangrentados pidiendo que se quitara gente de encima porque sentían que se iban a morir”.

(Comerciante mazahua, 48 años. Acusación: Ataque a las vías generales de comunicación y Secuestro Equiparado).

“Jalándome de los cabellos y dándome patadas en las piernas, en el transcurso del recorrido me empezaron a gritar: ¡perra, te vamos a matar! (...) Varios de los granaderos decían que yo les iba a pagar las muertes de sus compañeros. De pronto gritaron: ¡hay cámaras!, y me inclinaron la cabeza y me hicieron caminar muy rápido, por lo que me caí en varias ocasiones y me golpearon en el suelo. (...) A punta de golpes me subieron a una camioneta, (...) subieron otra mujer y comentaron que se las iban a pagar esas perras, que nos iban a meter el palo por atrás, me quitaron los zapatos, calcetines y me empezaron a bajar el pantalón. Llegó otro (...) con más detenidos y nos dejaron. (...) Tenían a dos chicas al frente que las estaban acosando sexualmente y manoseándolas y cuando ellas decían que las dejaran, les pegaban y si nosotros intentábamos alzar la cabeza, nos pegaban y nos decían que nos iban a matar y a nuestras familias también.

“Cuando llegamos, nos bajaron a golpes y en los pasillos de la entrada del Cerezo, me azotaban la cabeza contra la pared y me pateaban. (...) Me dejaron descalza, sin taparme, incomunicada, hasta el día 5 a las 8:00 a.m. No me leyeron mis derechos ni de qué se me acusaba, y me trajeron a un Cereso sin ninguna averiguación previa”. (Empleada del IMSS, 50 años. Acusación: Ataque a las vías generales de comunicación y Secuestro equiparado).

“Me detuvieron el 4 de mayo del 2006 en la carretera sobre San Salvador Atenco, al ser detenida fui golpeada por los granaderos (...) Nos condujeron a un camión de la Policía Estatal donde ahí nos amontonaron golpeándonos. Quedé arriba y me dieron un puñetazo en la nariz y me abofetearon constantemente hasta hacerme sangrar, al punto de quedar inconciente. Al verme agachada me introdujeron los dedos en la vagina hasta cansarse, me tiré a un asiento en el que me refugí y no pudieron continuar. Nos trajeron alrededor de cuatro horas de rodillas, agachados, golpeados, con las manos a la espalda, sin poder movernos, tocándome los pechos y mordéndolos. Llegamos al penal, nos colocaron en la pared, golpeándonos a todos, violando a un compañero. Me amenazaron de muerte con un cuchillo en la espalda. Intentaron violarme sin tener éxito, por los medios de comunicación”.

(Trabajadora, estudiante, mixteca, 22 años. Acusación: Ataque a las vías generales de comunicación).

“El 4 de mayo del año 2006 fui detenida en la mañana. Acudí a San Salvador Atenco para asistir a mi padre, que es médico, para atender a un paciente. En el momento que nos detienen, fui sometida por aproximadamente 50 granaderos. Ellos me pegaron a la pared, pusieron mis manos en la nuca, y me golpeaban e insultaban entre todos. (...) Entre empujones y golpes me subieron boca abajo en una camioneta de la policía. Quedé hasta abajo, subieron a muchas personas encima de mí, a quienes también sometieron, golpearon e insultaron. (...) Adentro del camión estaban golpeando a todos. Entre golpes, insultos y empujones me comenzaron a manosear, primero los glúteos, luego a frotarme encima del





pantalón. Preguntaron mis datos personales mientras me tocaban mis senos, primero encima de la ropa y luego metiendo sus manos toscamente por debajo rompiéndome el brassier y causándome gran irritación en los pezones por pellizcos y jalones. Intentaron quitarme el pantalón pero los golpes de los otros policías no lo permitieron. Durante el transcurso hubo amenazas de muerte, decían que nos iban a desaparecer y que si sobrevivíamos íbamos a pasar 80 años encerrados. (...) Se escuchaba como abusaban de otras mujeres en mi camión (...), e insinuaciones de que se iban drogando. (...) Dentro del penal no recibimos la atención médica necesaria. Nos han querido amenazar si no acatamos las reglas del penal, hemos pedido hacer las denuncias, pero no nos han hecho caso”.

(Estudiante, 22 años. Acusación: Ataque a las vías generales de comunicación y secuestro equiparado)

“Venía de mi trabajo sobre la calle Manuel González, cuando vi el camión donde llevaban a los señores y señoras y me quede parada. Los policías me vieron y uno dijo: ¿qué me ves?, y otro: ¡súbela por pendeja! Me empezaron a pegar y a preguntar dirección, edad, nombre. Tres de ellos me apartaron para seguir con patadas y toletazos. Uno de ellos me agarraba la cara y me metía los dedos en la boca y en la vagina. Me obligó a hacerle sexo oral, me echó su esperma en mi suéter. Vino otro policía y lo mismo. Me agarró mis pechos y dijo: ésta está bien buena y está amantando, ¿verdad puta perra? Me sacaron una foto con los ojos cerrados. Después éste me obligó a hacerle sexo oral, me echó su esperma en la boca y los escupí en mi suéter. Vino un tercero y lo mismo y me los echó en mi suéter. Dijo que si quería que me ayudara, tenía que ser su puta por un año e irme a vivir adonde él quisiera. Me quitaron mi suéter y no me lo quisieron dar. Llegó un cuarto policía, me manoseó en la vagina y los pechos y quería que le hiciera sexo oral. Llegó otro y le dijo: ya no, güey, porque ya llegamos. Me limpiaron el pantalón y las manos y me dieron un cigarro a fumar, pero yo no fumo ni tomo. Me bajaron con los ojos cerrados en el penal de Santiaguito, Almoloya”.

(Ama de casa y trabajadora, 18 años. Acusación: Ataque a las vías generales de comunicación).



“Fui detenida el 4 de mayo del 2006, en las afueras de San Salvador Atenco por la Policía Federal Preventiva. Me golpearon con un escudo para tirarme, y ya en el piso dos policías me golpearon con tolete y puño. Me pusieron de pie y me hicieron correr aunque yo les expresaba que de los golpes recibidos, se me había dormido la pierna derecha. Me seguían golpeando y se les unió un tercero que me golpeaba en la espalda con el puño, los otros dos me golpeaban con los toletes. Los tres decían que iban a violarme y a matarme, me hacían preguntas y me golpeaban, amenazaban con desaparecerme y me tocaban mis genitales. (...) Me bajaron de un camión para subirme en la parte de atrás de una camioneta donde un sujeto me golpeaba las nalgas sin parar con un tolete. Yo seguía con la cabeza cubierta y boca abajo. Cuando ya no soporté los golpes en mis nalgas, traté de cubrirme con mis manos y también me las golpearon hasta que las quité. Introdujo su mano por debajo de mi ropa interior y me apretó fuertemente las nalgas, incluso introduciendo sus dedos en mi ano. Después con amenazas de muerte y patadas me bajaron de esa camioneta para subirme en un autobús, donde me obligaron a sentarme en el último asiento y me descubrieron solamente la boca y empezaron a mordirme los labios y meterme su lengua en la boca. Al menos cuatro sujetos apretaron mis senos y pellizcaron mis pezones. Al menos tres sujetos introdujeron sus dedos muchas veces en mi vagina, mientras me insultaban y golpeaban. De repente empiezan a subir a muchos compañeros y compañeras. Yo oía como violaban y golpeaban a todos. Nos torturan todo el camino hasta llegar a este penal. Tengo mucho dolor en las manos, la cadera, el brazo derecho, el vientre y las piernas y no se me da atención médica”. (Estudiante, 23 años. Acusación: Ataque a las vías generales de comunicación).

“El día 4 de mayo, me encontraba en mi casa, en San Salvador Atenco con mi hija y mi hijo. Mi hija y yo estábamos viendo la televisión y mi hijo estaba lavando la camioneta, cuando escuchamos

que rompieron vidrios por donde entró la policía federal y estatal, entre 8:00 y 8:30 am. Amenazándome de muerte, entraron armados con toletes y armas, golpeándome en cabeza y cuerpo y dañando objetos que encontraban a su paso. Sacándome de mi casa con las manos esposadas hacia atrás y con la cabeza tapada, aventándome a diferentes vehículos. En el último, fui despojada de mis pertenencias por los policías. Me mordieron en el pecho izquierdo y derecho, me torturaron física y psicológicamente durante el trayecto, me golpearon en cabeza. No pude ver quién porque me traían con la cara y cabeza tapada, si me movía me golpeaban”.

(Ama de casa, 52 años. Acusación: Ataque a las vías generales de comunicación).

“El día 4 de mayo en la madrugada sonaron las campanas, era falsa alarma de que en Atenco entrarían las fuerzas de la policía. A las seis de la mañana empezaron los actos violentos, San Salvador Atenco



era sitiado. Había gases lacrimógenos que te hacían vomitar, la gente estaba desarmada, frente al gran armamento de los granaderos. Empezaron a replegar a la gente hasta el centro de la plaza, cuando suena el aviso de ataque la gente que se encontraba en la plaza corrió. Corrí a refugiarme en una casa, donde parecía que todo estaba seguro. Luego de cuarenta minutos, entraron hombres uniformados

gritando que nos pusiéramos contra la pared, con las manos en alto, sin verlos. Empezó un interrogatorio que iba seguido de amenazas y golpes. Nos grababan y nos tomaban fotografías. A los que no les parecía, eran más golpes. A los que traían tatuajes se les amenazaba que se los iban a quitar con navajas. (...) Después se escucharon órdenes de sacarnos por la parte trasera que había sido tapada con plásticos blancos, nos sacaron de cinco en cinco, con la cabeza abajo. Yo iba con ropa interior en la parte superior de mi cuerpo. Nos dieron órdenes de sentarnos en la banqueta. No podíamos ver a nuestros agresores ni por error, porque eran seguros golpes. (...) Nos subieron a un autobús, a la hora de subirme me estrellaron en la parte posterior del autobús, me agarraron con una mano atrás y de los pechos, posteriormente me di cuenta que estaban morados. Al subirme al autobús los granaderos que me tuvieron a su alcance, me seguían golpeando. (...) El viaje duró más de cinco horas. Llegamos a un lugar desconocido, nos bajaron, las amenazas seguían al igual que los golpes. Me tocaron los pechos e introdujeron sus dedos en mi vagina. Con risas y amenazas me gritaban que me iban a violar y que iban a matarme al igual que a mi familia porque ya tenían mis datos y entonces sería más fácil localizarlos. Después de ingresar a un parque me enteré que estaba en Almoloya”.

(Estudiante, 23 años. Acusación: Ataque a las vías generales de comunicación y secuestro equipado).

Todo esto lo sabemos, y por eso también nos convocan hoy la indignación y la rabia. La indignación y la rabia que provoca el saber que, para los de allá arriba, las mujeres son el botín de guerra prometido de antemano a las tropas del “orden”. La agresión que recibieron y reciben nuestras compañeras por el hecho de ser mujeres. El querer no sólo golpearlas y detenerlas, también humillarlas y destruirlas moralmente. Y el mensaje no es sólo para ellas como mujeres que luchan por un país mejor, por otro México. Es para todas las mujeres en México. Para el sistema económico y político, todas son el botín con que se paga a quien impone con la fuerza lo que no puede sostener con la razón. Someterse de buen grado al desprecio, al maltrato, a la agresión sexual, a la violación; o ser obligadas a ese

sometimiento con el uso legal de la violencia. Esta es la alternativa que, para todas las mujeres de abajo, humildes y sencillas, ofrece el sistema, independientemente del signo político que se simule allá arriba.

SCI Marcos, 12 de mayo de 2006.

Carta de las mujeres presas políticas: abajo y a la izquierda en pie de lucha...

Santiaguito, Almoloya 12 de mayo de 2006

A todo el pueblo en general:

Las mujeres, trabajadoras del campo y la ciudad, amas de casa, estudiantes, etcétera, presas políticas desde el día 3 y 4 de mayo del presente año nos sentimos indignadas por el auto de formal prisión dictado desde el 10 de mayo. No sólo fuimos insultadas, humilladas, golpeadas, torturadas, abusadas sexualmente y violadas sino que ahora somos también presas y delincuentes. Hemos vivido la represión, no sólo como luchadoras sociales sino también como mujeres desde un modo particular porque si bien los hombres fueron más golpeados, nosotras fuimos atacadas sexualmente y violadas.

Estuvimos sometidas a todo tipo de represión durante la detención, primero con insultos tales como: “eres una puta”, “pinche perra maldita”, “te vamos a violar como la puta que eres”, etcétera, y no conformes con golpearlos a algunas hasta perder el conocimiento, nos amenazaban con matarnos y desaparecernos, incluso torturarnos para decir los datos de nuestros familiares con la amenaza de matarlos a ellos también.

Nada nos podrá sanar el abuso sexual y la violación, fuimos tocadas, pellizcadas, pateadas, golpeadas con puño, tolete, macana y escudo en nuestros senos, nalgas y genitales, mientras seguían amenazándonos fuimos mordidas en senos, pezones, orejas, labios, lengua, etcétera, unas penetradas con dedos y objetos, algunas obligadas a hacerles sexo oral, mientras se burlaban de nuestra condición de mujeres.

En solidaridad con las presas políticas

Las mil mujeres que firmamos esta carta (...) expresamos nuestra indignación y horror ante la violencia, los abusos sexuales y las violaciones a los derechos humanos cometidos por las policías estatal y federal contra las mujeres detenidas en Atenco el 3 y 4 de mayo. (...)

Nosotras creemos en el testimonio de las mujeres violadas. Sabemos lo difícil que es denunciar, que faltan las palabras para expresar lo vivido. Y sabemos que pueden recibir amenazas. Les ofrecemos solidaridad, respeto y apoyo.

Tienen todo el derecho de negarse a ser examinadas por médicos que no son de su confianza, examen que representa una violencia más, y eso no invalida en nada su denuncia. La justicia debería servir para defenderlas y protegerlas, no para exponerlas.

A la luz de casos anteriores, y del muy reciente de Lydia Cacho, contra quien se planeaba una violación “con un palo” en la cárcel de Puebla, parece que violar o abusar sexualmente de mujeres detenidas se está volviendo sistema. Para “defender la ley”, ahora los gobiernos mandan violar mujeres.

Exigimos la liberación inmediata de todas las presas, porque lo que se ha hecho con ellas no es la detención legal de presuntas delincuentes para someterlas a proceso, sino secuestro y tortura. El trato que han recibido vuelve inoperante cualquier proceso en su contra: se trata de víctimas de la violencia impune de quienes dicen defender la ley.

Exigimos castigo a los responsables directos y a sus mandos. Lo exigimos no sólo porque es claramente de justicia, sino porque este creciente empleo del abuso sexual por la policía debe detenerse cuanto antes. No podemos admitir que se vuelva “habitual” y las mujeres en México tengamos que vivir con su amenaza, esa otra amenaza más.

A pesar de los abusos a los que fuimos sometidas, seguimos siendo víctimas de negligencia médica, algunas debimos ser vendadas y curadas desde el día que llegamos, algunas tenemos infecciones vaginales, algunas tenemos infección en las heridas, otras que no podemos ni sentarnos aún por todos los golpes recibidos y a pesar de todo seguimos con la huelga de hambre, porque no daremos ni un paso atrás en esta lucha, porque queremos justicia para todas y todos porque si debemos luchar desde esta prisión así lo haremos.

¡Seguiremos siempre en pie como hasta ahora!

¡Pueblo alza tu voz hasta curarle a la justicia la sordera, que se alce también tu razón y tu cordura. Si nuestras manos aquí adentro no pueden hacer nada que lo haga nuestra palabra!

¡Que nos devuelvan la libertad!

¡Que tengamos justicia por el abuso físico, sexual y las violaciones!

¡Que a nadie le sea indiferente el dolor que todas y todos pasamos!

¡Presos políticos libertad!

Atentamente

Las mujeres presas políticas, abajo y a la izquierda en pie de lucha. ★

¹ La mayoría de este material está circulando en diferentes páginas de Internet, en donde se pueden consultar en extenso, aquí por razones de espacio se presentan fragmentos de esas voces.

